

sobre el viaje (*Revista chilena de literatura*, 5-6, 1972, pp. 73-109). Por otro lado es más que probable que los azares editoriales hayan sido responsables de ciertas lagunas no achacables al crítico. Y así, permítaseme comentar que, según se desprende de las fechas de los títulos citados, faltan algunas contribuciones recientes. Es el caso de un libro dedicado exclusivamente a la novela (*Adán Buenosayres: una novela total*, Pamplona, Eunsa, 1992) y que va firmado por quien esto escribe.

¿Qué más decir de esta edición? Algo que tal vez la defina por sí sola: que está hecha con verdadero amor por el texto. Aunque parezca mentira, este sentimiento no se advierte con frecuencia cuando se estudia, incluso favorablemente, a Marechal. Como advierte Barcia, muchas veces «se suele caer en el Caribdis del desvarío simbólico en la interpretación de nuestra novela, al abusar de la labor pontonera de la analogía. Se asocia todo con todo —con lo que todo pierde sentido de relación y se torna indiferente— y cada elemento se convierte en cabeza de puente o trampolín de saltos infundados» (p. 60). Esta frase pone suficiente distancia entre el sentido común y la insensatez de quienes, alardeando de recentísimos descubrimientos teóricos, no se han encarado con lo menos brillante en apariencia. Esto es, con la singularidad de un texto que reclamaba menos rebuscamiento y más intuición. Apelar a contextos culturales ajenos a Marechal para entenderlo no significa ir por buen camino. No vale la excusa de que los referentes que deban tenerse en cuenta no estén muy de moda, porque apenas están por explotar ciertos cauces interpretativos que tengan en cuenta las marcas intertextuales de los Padres de la Iglesia (San Buenaventura o el Pseudo Dionisio, por ejemplo), de ciertos estudiosos del esoterismo (René Guenon a la cabeza) o de místicos occidentales (San Juan de la Cruz). *Adán Buenosayres* es una mina sin fondo y muchos críticos se han abalanzado en busca de sus riquezas para acabar despenados en hoyas que recordarían a las del Paleogogo. Les han faltado los picos y palas de la morosa relectura y la paciencia interpretativa. También les ha faltado una sólida formación en los clásicos de la literatura, de la filosofía y hasta de la teología para comprender a Marechal. Sin embargo, nada de esto ha faltado aquí. Nos las habemos con un estudio y unas notas que no transforman a

Marechal, no lo sustituyen por una lucubración más o menos de moda. Se nos devuelve así un *Adán Buenosayres* más claro y más fresco, con toda la perenne juventud que tiene una novela tan antigua en ciertos aspectos.

Javier de Navascués

Entre el olvido y la memoria

(La prosa de José Batlló y su antología de *El Bardo*)

I.

No sé si, como suele estilarse en el lenguaje periodístico, la publicación de la obra a que voy a referirme, debe calificarse de acontecimiento. Sí estoy seguro de que se trata de un libro absolutamente singular. Con independencia de su valor, que habrá de definirse, como ocurre con cualquier otra obra (máxime si litera-

ria), por su contenido, me parece claro que es un libro sin posible relación ni confusión, en cuanto a tipo, *clase* o *género*, con ningún otro. Y puede ser que a no tardar sea equiparable, por lo excelente y por su presumible rareza bibliográfica, a aquellas obras que, reuniendo esos dos caracteres, podemos ya señalar, sin mucho riesgo de error, como las dos o tres obras capitales del siglo en este sentido: las *Antologías* de Federico de Onís, de César González-Ruano y de Federico-Carlos Sainz de Robles; las tres, por diversos motivos, ejemplares; y suprema, por no decir canónica, la del primero de ellos¹.

Me estoy refiriendo a *El Bardo* (1964-1974). *Memoria y Antología*, de José Batlló². Y es mi única intención, al hablar de este libro, dar una idea, más o menos descriptiva, de su contenido, y glosarlo siquiera sea someramente. El contenido está sumariamente relacionado en la tabla o índice general, que se compone de las siguientes partes o secciones: a) La *Memoria*, unas cien páginas que debían haber sido un mero prólogo y son realmente, entre otras cosas, un relato de la vida de Batlló, hasta los treinta y cinco años de su edad, aunque con algunas glosas o prolongaciones hasta el presente; b) La *Cronología*, unas cuarenta páginas que contienen una doble relación: por una parte, la de todos los libros publicados en la primera etapa de la colección *El Bardo*³, con la definición de su pie de imprenta y otras características materiales (editor, director, en su caso ilustrador, y formato y número de páginas); y por otra, un comentario, enfrentado al anterior, sobre el libro, el autor, y algunas vicisitudes de la edición, especialmente las relativas a la constante lucha con el funcionario encargado de la censura; c) Una página (la CXLVII), bajo este largo epígrafe: «Algunos de los títulos cuya edición fue desautorizada o desaconsejada por la censura franquista-fraguista», ilustrativa en su brevedad de que la colección *El Bardo*, cuya primera época llenó ejemplarmente una década de la edición poética en España, aun pudo ser mejor, más completa en sus contenidos, de lo que fue, si no hubiera sufrido la trabazón infranqueable de la censura; d) La *Antología*, realizada por Batlló, sobre el centenar largo de títulos de la colección en la decena de años que sobrevivió dirigida por él, y que alcanza 477 densas páginas; e) Finalmente,

dos índices: el de poetas representados en la *Antología* y el de traductores de poemas y de libros en la colección aparecidos.

Como se echa de ver, dos son las partes capitales del libro: por un lado, el que había de ser prólogo, y que desde el principio ya se advierte que va ser mucho más que eso, parte a su vez subdividida en la *Memoria* propiamente dicha y en la *Cronología*; por otro lado, la *Antología*, en la cual Batlló selecciona uno o varios poemas de cada uno de los libros de la colección.

Siguiendo el orden del libro, me referiré primero a la *Memoria*. Más de cinco años ha tardado José Batlló en escribir estas cien páginas⁴. Naturalmente, en una vida que ha sido, y sigue siendo, una lucha llana y literal por la subsistencia o necesidad material (*la primera necesidad que hay que cubrir, digan lo que digan los*

¹ Claro está que deberíamos diferenciar entre antologías generales, como las tres mencionadas, y especiales. Estas últimas, podrían subdividirse también en otros grupos, como las selectivas, las generacionales y las temáticas. Sabido es que, entre las que podríamos calificar como selectivas, es decir, aquellas que tratan de seleccionar a los poetas más sobresalientes de una época, el mejor ejemplo es la célebre antología de Gerardo Diego.

² Edición de José Batlló. *El Bardo*. Colección de Poesía. Los Libros de la Frontera; Amelia Romero, Editora; Barcelona, 1995.

³ Se excluye, sin que el editor-memorialista explique la razón, el número 2 de la colección: José María Álvarez: Libro de las nuevas herramientas. *El Bardo*, volumen II, Barcelona, 1964.

⁴ El vigésimoquinto aniversario de *El Bardo* se intentó celebrar, con sólo tres años de retraso, en 1992. En tal año, cuando menos, aparecieron los siguientes escritos hablando o prometiendo la segunda celebración: a) Una carta-circular, firmada por José Batlló, dirigida a antiguos suscriptores y amigos en la cual, entre otras cosas, se decía: «Solventadas ahora las dificultades que lo impidieron (la aparición de la antología conmemorativa en 1989), nos complace comunicarles la aparición de la antología y el estudio introductorio en sendos volúmenes de la propia colección»; b) Un artículo, firmado por R.F.S., titulado A beneficio de inventario, en la revista *Cambio 16* (número 1.066, del 27 de abril); c) Un artículo, firmado por el propio Batlló, titulado «La pereza de la memoria», en el número siguiente de la misma revista (de fecha 4 de mayo), artículo especialmente interesante para conocer las diversas fases por las que pasó la colección, y las razones por las cuales, en las etapas que siguieron a 1974, ya dependiendo de criterios editoriales ajenos, Batlló se desvinculó de *El Bardo*; y d) Un artículo en el diario *El País*, en el número del día 9 de julio, firmado por Xavier Moret, que comenzaba afirmando que en octubre se celebraría el 25º aniversario de la colección, «con la publicación de dos volúmenes: una antología que reúne a autores de la primera época (...) y un estudio sobre la historia de la colección y sobre las dificultades que ha encontrado a lo largo de los años». Al final, el retraso ha sido sólo de seis años y la edición conmemorativa no ha podido serlo en dos volúmenes, sino en uno.

trascendentalistas)⁵, puede presumirse que ha habido motivos para que la redacción haya sido lenta y discontinua. La idea nació, posiblemente, de Amelia Romero, compañera de aquellas vicisitudes editoriales, ex esposa y madre de los hijos del autor, como éste se encarga de puntualizar en su momento, editora también de *El Bardo*, en su etapa actual. Y consistía, la idea, en conmemorar el vigesimoquinto aniversario de *El Bardo*, que se cumplió en 1989, y que al final, por la tardanza en coronar el proyecto, se ha convertido, en rigor, en el trigésimo primer aniversario⁶.

Salvo el retraso, nada hemos perdido los lectores. Y si, de todas formas, las producciones literarias definitivas, es decir, aquéllas que están llamadas a perdurar, deberían estar siempre libres de supeditaciones a plazos fijos, a compromisos con el reloj o el calendario en cuanto a su alumbramiento, no es aventurado afirmar que siempre nacen en el momento justo, en su propio momento; de manera que, en cuanto tales obras perdurables, tiene, cada una de ellas, su nacimiento propio, algo semejante a *sensu contrario* a la muerte propia que, según Rilke, todos tendremos o deberíamos tener, también en su justo momento.

Así sucede con esta *Memoria* de José Batlló. La cual, por otra parte, a pesar de su lenta gestación, no es precisamente un modelo de prosa calma, mironiana o azoriniana, sino una prosa de prisa (por decirlo al modo de Nicolás Guillén), que nos atrae desde el primer momento, y en rigor nos obliga a leerla con ese intenso ritmo con que ha sido escrita. Esa atracción (si, tal como creo, mi experiencia no es sino la de un lector normal, y habrá de repetirse en cualquier otro lector normal que con este libro se enfrente) nos está ya indicando que, pese a lo acelerado o dinámico de su ritmo, o quizá precisamente por ello, se trata de una prosa ejemplar que podría compararse con aquel magistral *Bosquejillo de la vida y escritos*, de don José Mor de Fuentes, descubierto para nuestro siglo por Azorín, pero tan escasamente editado, a pesar de que podría constituir una lección permanente para nuestros abundantes prosistas, desde los periodistas, incluyendo a los que supuestamente se amparan en un *libro de estilo*, hasta los asiduos filósofos, novelistas, sociólogos y similares que nos abruma a diario, no precisa-

mente con prosas ejemplares, desde todos los medios de comunicación⁷.

Prosa ejemplar, sí, la de José Batlló. Las razones son claras. En primer lugar, las de índole formal, y dentro de ellas, la primaria y elemental: jamás se pierde el hilo del discurso, el fluir ordenado de la palabra, por largas que sean las oraciones o períodos, por más que se interfieran incisos, coordinaciones y subordinaciones; y esa ilación que nunca yerra se produce, como he dicho, dentro de una fluencia imparable, como río cuesta abajo, aunque no torrente; una corriente de palabras, nacida de un impulso apasionado, más o menos levemente cubierto por la capa o la piel de la ironía. Quizá la primera impresión que advierte el lector no sea de orden, y el propio Batlló se encarga, con frecuentes protestas autocríticas, de inducirnos en ese sentido. No obstante, y aunque no es, desde luego, éste el momento de un análisis lingüístico, formalista, del texto, entre otras razones porque no soy yo el comentarista idóneo para ello (ya los tendrá), sí lo es para afirmar la firmeza, rotundidad, claridad y gracia de una prosa que tiene el don de saber explicar historias, que en rigor es narrativa, y que nos sume de lleno y sin remedio en el texto, prendiendo al lector verdaderamente, gracias a aquellas cualidades. Y todo ello, además, con un tono más bien seco y sencillo, sin más adorno que la recta intención, o quizá la pasión, que lo crea.

En segundo lugar, lo mismo que a su persona, destaque a la prosa de Batlló, como ya he apuntado, una

⁵ El Bardo (1964-1974). Memoria y Antología, pág. LXVII. En adelante citaré abreviadamente como Memoria.

⁶ El artículo de José Batlló, aparecido en Cambio 16, a que me referido en la nota 4, termina con estas palabras: «En 1989, Amelia Romero (que fue mi esposa y que es la madre de mis dos hijos) me propuso una edición conmemorativa de los primeros 25 años de la colección. Al principio me mostré reticente, pero luego acepté confeccionar una antología (la especialidad de la casa) que recogiera a todos los poetas editados en la primera etapa, precedida por una introducción ¿crítico-histórica? En ello estoy y eso es lo que, d.m. (dinero mediante), en breve tendrá el indulgente lector en sus manos».

⁷ El Bosquejillo, de Mor de Fuentes, a pesar del entusiasta capítulo que le dedica Azorín en sus Lecturas españolas, sólo se ha editado, al parecer, dos veces desde 1836, año de su primera edición: en 1943 (Ediciones «Atlas». Colección «Cisneros», Madrid) y en 1981 (Guara Editorial, S.A. Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses. Zaragoza. Introducción, edición y notas de Manuel Alvar).